

EL CASO ARGENTINO: UNA MIRADA SOBRE LOS NUEVOS SUJETOS POLÍTICOS⁽¹⁾

Susana Mallo

Introducción

Las rémoras en los procesos de modernización y democratización de la sociedad Argentina en general, y de los partidos en particular, se han transformado en una deuda histórica que la sociedad en su conjunto plantea que debe ser saldada. Es desde esta afirmación generalizadora que trataremos en este artículo de definir el rol cumplido por el Partido Justicialista en los procesos de transformación de la sociedad Argentina.

Nacido como movimiento policlasista y abarcativo de amplios y dispares sectores de la sociedad, se formó desde su génesis tras un líder de tipo carismático: el general Perón, lo que ha marcado con su sello el papel histórico que habría de cumplir el partido a lo largo de más de 50 años.

Debemos señalar que el tema de la definición y ampliación de la vida democrática es un tema que no toca sólo al Partido Justicialista sino también a los partidos que en estos momentos se están disputando los ámbitos de gobierno. Porque uno de los interrogantes de los científicos políticos y de la sociedad en su conjunto es si realmente existen grandes diferencias entre lo que se ha denominado el Peronismo histórico y lo que se llama actualmente el Menemismo, este tema ha dado lugar a un amplio debate durante los últimos años. Grosso modo encontramos tres posiciones más o menos definidas: en primer lugar aquella que plantea la similitud de ambos procesos políticos, señalando que la base de apoyo del movimiento, sus recursos interpelativos, su identidad e incluso sus estilos de gobierno han permanecido

incambiados. Las diferencias entre Perón y Menem tendrían que ver con el contexto histórico; es decir los cambios sufridos por Argentina desde 1945 a la fecha. Sin embargo se señala que existen ciertas variaciones personales que determinan el tipo de políticas aplicadas, y también un cambio en el contenido ideológico del discurso, pero sin embargo ninguno de estos elementos tendrían grandes consecuencias para los efectos relevantes del movimiento Justicialista que continuaría manteniendo características de corte populista.

La segunda hipótesis que debemos señalar pone énfasis en la existencia de una ruptura abrupta, en la profunda discontinuidad que existe entre el proyecto de Perón y el de Menem, lo que correspondería al desarrollo de la economía endógena y del Estado de corte asistencial de la Argentina, desde los años 45 hasta los años 90. El proceso actual de desmembramiento del Estado y los procesos de privatización, lo que se ha considerado el neoliberalismo Menemista, explicarían esta interpretación rupturista con respecto al Peronismo tradicional. Es desde esta identificación ideológica desde donde se señala la «traición Menemista» a los tradicionales postulados del Peronismo, pues de un modo u otro el actual presidente habría desarmado el modelo de corte asistencialista que tantos éxitos produjo en el pasado.

¹ Ponencia presentada al XXI Congreso Latinoamericano de Sociología (ALAS), que se realizó en San Pablo (Brasil) entre el 31 de agosto y 5 de septiembre de 1997.

Finalmente nos encontramos con la tercera posición que indica la inconveniencia de comparar el fenómeno Peronista de real raigambre en las masas con una larga historia de fidelidades entre el líder y la masa y el «coyuntural» proceso Menemista que debió responder a una situación de emergencia. Este diagnóstico vaticina la desaparición de la corriente liderada por el presidente Menem en la medida en que dicha situación de crisis tienda a desaparecer «saliendo a la luz el viejo e imperturbable movimiento Peronista».²

Evidentemente fijar posición en este debate es por lo menos riesgoso, cuando se observan los cambios y las adecuaciones a la realidad que ha realizado el presidente Menem desde 1989 hasta la fecha, donde logró desestructurar uno de los pilares básicos del Peronismo como fue el movimiento obrero. La pregunta que surge entonces, es sobre el carácter efímero de este movimiento. Abonando esta duda el 'proceso que es evidentemente paradójico, muestra por un lado que logró simultáneamente el cambio de la constitución para su reelección, como también aglutinar a los más diversos sectores sociales tras su proyecto, pero simultáneamente se confronta con una creciente pérdida de legitimidad y credibilidad.

A pesar de las dudas planteadas, los últimos acontecimientos abonarían la tesis de lo efímero del liderazgo Menemista, pese a que las reformas estructurales hechas durante su mandato, sean inamovibles. La persistente ambigüedad del mandatario también se ha traladado a todas las esferas de su gobierno.

Es en esta sentido que encontramos reiterados procesos de «continuidad» y «ruptura» en el proyecto Menemista. Sin duda que a nivel social ha logrado concitar el apoyo de los más dispares sectores: las clases altas con las clases bajas, la fidelidad de estas últimas serían el ejemplo más claro de la continuidad Peronismo-Menemismo. Sin embargo la extraña conjunción de sectores dispares que apoyaron al presidente Menem analizando las cifras electorales de los años anteriores, aparecen graficando claramente,

que la fidelidad histórica al justicialismo ha permanecido invariante en los sectores más pobres y marginales. Fidelidad lograda no por la persistencia del imaginario Peronista, sino por el mantenimiento de lealtades e identidades históricas que superan toda interpretación de corte racional.

En cambio cuando se señala el proceso de ruptura, éste consiste en sopesar las transformaciones a nivel económico donde desde ningún sector se plantea una marcha atrás. Las reformas del Menemismo en el sistema de organización de intereses, el sistema de partidos, y el Estado parecieran ser cambios a perdurar en el tiempo. Sin duda el primer aspecto señalado conlleva una discusión sobre el recurrente tema del populismo; el segundo aspecto apunta a las posibles formas de consolidación de la democracia.

¿Existe un neopopulismo?

Las claves del populismo en Argentina han sido interpretadas desde las más diversas ópticas, en una breve síntesis si analizamos el sistema político cabe asignarle real responsabilidad tanto a los partidos políticos como a la sociedad en su conjunto por la inestabilidad que padeció el país desde 1930.

La conformación de partidos como el Radical y el Socialista a fines del siglo XIX, o el Peronista en la década del 50 de nuestro siglo no significó en modo alguna la conformación de una cultura política que permitiera un juego democrático equilibrado. Asimismo, la exclusión de las grandes mayorías durante largos períodos, a partir del recurrente referente autoritario, simbolizado por los militares, impidió al conjunto de la sociedad civil argentina crear y fortalecer reglas, normas y formas participativas que posibilitaran un proyecto económico y social viable para el conjunto de la sociedad.

Debemos señalar también grandes ausencias en el sistema político, por un lado, la falta de un partido de derecha orgánico que canalizara las demandas de las clases altas. Por otro la atomización constante fue la característica de los partidos de izquierda prácticamente desde su fundación. Como consecuencia de esta situación se observa en Argentina estructuras partidarias muy débiles y muy difusas ideológicamente proclives a la personalización de sus

² Torre, Juan Carlos. «Interpretando (una vez más) los orígenes del Peronismo». DESARROLLO ECONÓMICO, No. 112, Buenos Aires 1989, pag. 37.

liderazgos y enfrentadas a un juego permanente de exclusiones mutuas.

Sin duda, este proceso permitió la erosión del Estado, el cual no fue un continente reconocido y legítimo de los conflictos sociales, un lugar y un espacio de negociación e intercambio político, sino, por el contrario, un recurso de poder a conquistar sectorialmente para generar una nueva hegemonía mediante el autoritarismo y/u operaciones transformistas.

El derrumbe del gobierno Peronista en 1976 significó para los partidos un virtual congelamiento. Esto tuvo importantes consecuencias tales como el estancamiento ideológico ante la imposibilidad de captar las transformaciones sufridas por la sociedad. Resultado de ello fueron las demandas y las oposiciones que se manifestaron a través de actores sociales no tradicionales y que lograron respuestas creativas e inéditas en la historia política del país.

Un diagnóstico de tipo neoconservador de este período se vertebró a través de la opción caos-orden, por ello entre otras medidas represivas de orden político que se pusieron en marcha, se debe señalar los planes económicos que se implementaron a partir de los reajustes financieros, todo esto implicó un profundo cambio en el conjunto de la sociedad. Así, la Argentina que a principios de los años 70 se ubicaba dentro de los países de desigualdad moderada, con mayor participación de sus estratos bajos, se ha desplazado en todos estos años al otro extremo, para colocarse entre los que cuentan con menor participación de sus estratos populares perdiendo la marca histórico que poseía de sólo un 5% de desocupados.

La crisis del régimen militar no sólo significó la reaparición de los partidos con una fuerte ligazón con el pasado, sino también la aparición de los mismos dirigentes, sobre todo en el Peronismo. Nuestro análisis apunta a la responsabilidad que le cupo a dicho partido en la reconstitución de un sujeto colectivo que priorizara no sólo una concepción de lo posible en política, sino la construcción de ámbitos solidarios.

Desde 1983 la reaparición del Peronismo gozó de dudosa transparencia. A esto se le debió de sumar en los años sucesivos un creciente proceso de desideologización. El Peronismo ha sido siempre un fenómeno

ideológico complejo, escasamente consistente, cuya notable y conocida polisemia alimentó una gama de prácticas y políticas. Si la adhesión a un movimiento implicó un modo de creencia sostenida por una variedad de creencias, en este caso lo que sorprende es la gran heterogeneidad y el carácter contradictorio en el que ha podido sustentarse el Peronismo. De ahí que su condición necesaria de funcionamiento haya sido sobre todo una común creencia en el líder, cuyas tácticas pendulares generalmente alcanzaron para impedir la fragmentación. Es en este sentido que debemos señalar la persistencia a lo largo de toda su historia de una indiscutible línea autoritaria, racionalista, y demagógica que representó, sin duda, corrientes existentes en el partido. Figuras marginales buscaron siempre revivir y atraer a los sectores más postergados.

La invocación al pasado, la repetición, la mística pero también la falta de garantías de gobernabilidad fueron los atributos que mostraron los candidatos Peronistas durante la campaña de 1983. La derrota sufrida por el Justicialismo se debió, entre otras cosas, a la falta de percepción del cambio que la sociedad había experimentado. Ya no bastó con definirse como Peronista para tener asegurado el triunfo electoral. Tampoco los candidatos admitieron que el ánimo de los votantes estaba influido por el repudio al gobierno militar saliente y por atribuir al Peronismo una elevada cuota de responsabilidad en el golpe de marzo de 1976.

Sin embargo, en el período 83-89' en las provincias más atrasadas, la mayoría de los candidatos Justicialistas ganaron las elecciones, esto se debió a la persistencia de un discurso tradicional con un referente concreto, el liderazgo tradicional de Perón. Para comprender este proceso suele hacerse una división entre las expresiones urbana y moderna, y tradicional-rural del Peronismo, ésta última encarnada en sólidas maquinarias electorales locales, con tradición caudillesca, que tendió a manifestar una resistencia a la modernización y al desarrollo capitalista.

La política cupular se mantuvo a lo largo de todos estos años y tuvo como consecuencia la poca capacidad de maniobra en la democratización del partido. El triunfo de Menem en las elecciones internas de julio de 1988 produjo una enorme conmoción y sorpresa.

no sólo dentro del Peronismo sino fuera de él. ¿Cómo definimos los aspectos neopopulistas del presidente Menem? En primer lugar la representación de sí mismo: un representante del interior contra la histórica altanería porteña, asimismo, su persona habría de representar una serie de contenidos y mensajes políticos asociados de un modo u otro a la vieja pero «gloriosa» tradición Peronista. Su discurso político no fue sólo ponerle palabras a las ya existentes en la trama de las relaciones sociales, sino que produjo relaciones de sentido nuevo constituyente de una cultura política y de ejes de individuación de la población. Una nueva manera de caracterizar este proceso denominado neopopulismo es que cuando se realiza un discurso político generalmente se trata de explicitar su capacidad o potencial significativo. Consciente o no el analista de discursos se sitúa frente al material discursivo desde el ángulo de la intencionalidad ilocutoria de quien lo emitió: ésto es lo que se suele denominar estrategia discursiva. Así las palabras de Menem tuvieron y tienen una intencionalidad muy clara y todos estos años se ha basado en consignas sencillas que tocan zonas sensibles de la población.

Si el verticalismo impuesto por Perón durante décadas significó el control de la política, Menem resignifica esta noción de verticalismo y acrecienta los polos de continuidad y cambio. También como estrategia debemos de reconocer que el Presidente ha transformado los escenarios de representación política, quitándolos de sus ámbitos naturales y creando nuevas relaciones entre la masa y el líder.

Los escenarios tradicionales de la comunión entre el líder y la masa se fueron transformando. El estilo de representación emergente redefine la tradición populista, recurre a interpelaciones interclasistas, al ejecutivismo y la figuración de su líder; pero también se respeta la tradición republicana de ciudadanía y la demarcación de los ámbitos del Estado, los partidos y los grupos de intereses. Se combinan así estilos dispares, transformando las identidades políticas preexistentes.

Sin duda la temprana integración de las masas en términos populistas bloqueó la posibilidad de institucionalización de un sistema sólido de representación partidaria y parlamentaria, al identificar representación parla-

mentaria y partidaria con el caudillo. Esto tuvo como indudable consecuencia la imposibilidad de combinar exitosamente la representación política con la representación social, como asimismo la ausencia de mecanismos democráticos eficaces de procesamiento de los conflictos y la consecuente recurrencia a la distribución clientelar de los recursos del Estado.

En el nuevo estilo se buscó crear nuevos esquemas ideológicos y alianzas sociales; buscando establecer vínculos de identificación heterodoxos donde se combinaran viejas tradiciones, con formas a veces inesperadas de consentimiento.

De la misma manera la forma de gestión sufrió cambios en la toma de decisiones de los nuevos sectores, obligando a éstos a emprender cambios significativos en la forma de gestión. Las nuevas élites crecientemente personalizadas y tecnificadas dieron un nuevo marco al Estado tradicional. De igual forma la relación entre técnico y partido alteró la función tradicional de éste relegándolo a la función de «máquina electoral».

Por último el nuevo estilo de representación y la articulación de identidades no supuso la agregación de intereses, ni la movilización de grupos sociales organizados, sino su desactivación y dispersión «ello da origen a una tendencia general a la privatización y desagregación de demandas, una grave fragmentación del espacio público de reconocimiento de derechos e identidades y la exclusión de los vínculos representativos de amplios sectores y temáticas, lo que provoca mayor anomia social y formas degradadas de sociabilidad».³

En suma, estas variaciones denominadas neopopulistas, no movilizan a las masas sino que a diferencia del populismo moviliza imágenes. No integra a los grupos de interés a un partido-movimiento, ni promueve la igualación, sino incluso lo contrario, pero se las arregla para imponer políticas de transformación y al mismo tiempo incorporar a sus bases de apoyo a sectores de las élites sociales, unificándolas detrás de un proyecto capaz de ganar elecciones.

³ Novaro, Marcos. *Pilotos de tormentas*. Ediciones Buena Letra. Buenos Aires 1994. pag.175.

Es precisamente en la forma de ganar elecciones donde el nuevo populismo se distancia del viejo, mientras Perón invocaba a las masas con un discurso que confirmaba la identidad de dichas masas, el Menemismo apela a una conjunción policlasista incorporando figuras no tradicionales en la escena política.

El segundo elemento que se quiere destacar es la distancia que está dada por la forma de resolver conflictos y la manera de articularse con otros sectores sociales, así como el estilo de competencia, de la representación y de la identidad partidaria. El presidente Menem no ha vacilado en apoyarse en sectores tradicionalmente opuestos al Peronismo, desdibujando la vieja estructura del Partido Justicialista cuya «columna vertebral» fue el movimiento obrero a lo que se le sumaba las estructuras de los políticos.

El tercer elemento diferenciador y más fundamental aún es el reemplazo de la tradicional base de legitimación Peronista que suple el vínculo histórico: pueblo-movimiento-líder-nación, que no tiene la explicación única en la desaparición del líder tradicional del movimiento, sino que se basa en principios ajenos a la más pura identidad Peronista.

Los nuevos principios son la eficacia gubernamental basada en la racionalización, modernización de la economía y del Estado, y las nuevas formas del respaldo electoral asentado en la eficacia del líder, no en la conducción natural; este último elemento es clave para la transformación democrática del populismo Peronista, adecuándolo a los principios de la ciudadanía democrática. «Esta situación crea formas inéditas, pues se han deteriorado las identidades y los lazos de pertenencia y comportamientos rutinarios.»⁴

La democracia: ¿asignatura pendiente?

La crítica conjunción que significó en el año 1989 la crisis del Estado y de representación replanteó la recurrente pregunta sobre la incertidumbre de la democracia y su eficacia gubernativa en un contexto de debilidad institucional y precariedad económica. Sin duda dicha «solución Menemista a ese problema, como la Peronista antes implicó graves alteraciones en la vida democrática».⁵

Las relaciones de los tres pilares de la democracia, el Poder Legislativo, el Poder

Judicial, el Poder Ejecutivo no se han constituido en estos años como un ejemplo paradigmático.

Las relaciones del Poder Ejecutivo con el Congreso han sido por lo menos conflictivas. Cuando las cámaras no se avinieron dócilmente a la exigencia presidencial, el gobierno echó mano a recursos de excepción indudablemente extra constitucionales, los decretos de emergencia, los vetos fueron la palpable demostración de ello.

Sin embargo, algunos autores señalan ciertas rectificaciones a esta aceptada teoría. A partir de 1991, la relación con el Congreso trató de ser de convencimiento, el ex ministro Cavallo jugó en esto un rol fundamental. El gobierno ya no espera de la Cámara el rol de meros espectadores, Cavallo les garantizó a los legisladores el derecho a monitorear las privatizaciones y se transformó en el Ministro de Economía que más frecuentemente visitó el Congreso en la historia de Argentina. Sin duda ejemplos menores ante el aluvión de decretos presidenciales porque la característica esencial del gobierno Menemista ha sido de fuerte concentración del poder. A título de ejemplo durante el gobierno de Raúl Alfonsín se emitieron 10 decretos de necesidad y urgencia y se realizaron 12 vetos parciales. El presidente Menem ha emitido hasta la reforma electoral de 1994, nada menos que 336 decretos de necesidad y urgencia y hasta setiembre de 1993, 38 vetos parciales.

Con un congreso donde el Justicialismo tuvo siempre mayoría, el respeto por las minorías no fue precisamente una característica del partido gobernante ni del propio gobierno. A esta situación se le debió sumar la no desdeñable situación conflictiva del propio Justicialismo dentro del Parlamento Nacional, el excesivo poder de decisión del presidente con respecto a las controvertidas leyes de privatización y reestructura del Estado, tensionaron al máximo las relaciones entre los legisladores representantes del movimiento obrero y del Partido Justicialista restándole la eficacia exigida por el Poder Ejecutivo, con el consecuente disgusto y

⁴ Palermo, Vicente; Novaro, Marcos. *Política y poder en el gobierno de Menem*. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires 1996, p. 513.

⁵ *Ibid.* p. 427.

reprimenda presidencial, donde en reiteradas ocasiones declaró la inoperancia del Poder Legislativo y su ineficacia.

La situación permanece hasta nuestros días prácticamente incambiada, los escándalos se han sucedido a lo largo de estos años, restándole sin duda credibilidad a la Cámara de Representantes.

El Poder Legislativo ha espejado las luchas intestinas dentro del partido oficial que se plantearon ante leyes como la privatización de la seguridad social, donde los legisladores reformularon las propuestas del Ejecutivo, a instancias de los sectores representantes de la CGT.

Un caso similar se planteó con las leyes de flexibilidad laboral, donde se ha postergado su tratamiento, primero en aras de la conciliación de los distintos sectores de los representantes justicialistas, en tiempos recientes en espera de los cruciales resultados electorales de octubre de este año.

Una situación similar fue percibida cuando la Cámara de Diputados debió de tratar la privatización de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, los diputados votaron esta ley realizando importantes cambios con respecto al proyecto inicial del Poder Ejecutivo, entre ellos el diseño de transferencia con la participación de los estados provinciales en los beneficios de la venta. Estos son ejemplos de pautas de interacción que también se realizaron en otras reformas. Se constata en estos últimos años una interacción institucional más matizada, rica, y diversa.

El Congreso no ha funcionado exclusivamente como convalidador legal de las decisiones adoptadas por el Poder Ejecutivo. Aunque las negociaciones directas entre el Estado y las corporaciones sindicales y empresariales constituyó una práctica permanente, el Congreso logró de diversas formas transformarse en un referente en el contenido de las políticas.

El papel de los legisladores peronistas en las reformas laborales y provisional constituyeron un claro ejemplo de independencia del Poder Ejecutivo mucho más allá de lo esperado por los sindicatos.

Es indudable la ausencia durante estos años de líderes parlamentarios en la bancada del peronismo, a ésto se le encuentran dos explicaciones interactuantes entre sí, por un lado el rol

protagónico del presidente que se niega a relegar ningún tipo de decisión que pueda opacar su figura, y por otro a la falta de iniciativa e independencia de los legisladores que trataron siempre de autodefinirse como equipo de gobierno dejando de lado la posibilidad de fortalecer un poder institucional autónomo, con una lógica de funcionamiento propia e independiente.

La relación del Poder Ejecutivo con la Suprema Corte de Justicia, no ha dejado de ser paradigmática por lo desalentadora. Controlar por parte del presidente, el fuero civil, laboral, constitucional y sobre todo penal como reaseguro de su política fue uno de sus primeros objetivos. Los procesos de gobernabilidad de las nacientes democracias de nuestro continente han sido acompañadas de constantes crisis económicas y sociales, lo que ha conducido a la constitución de llamados regímenes híbridos, en los que se conjugan elementos de corte autoritario con procesos electorales democráticos.

El caso argentino es un claro ejemplo de ello, a la efectiva realización de elecciones libres se le debe oponer un Poder Judicial totalmente adicto al Poder Ejecutivo. La ampliación de 5 a 9 miembros de la Suprema Corte de Justicia habría de permitir al presidente Menem manejar y controlar esta fundamental institución sin ningún tipo de sobresaltos.

Fue necesario una sucesión de escándalos de primera magnitud para que la sociedad civil en su conjunto percibiera las grandes falencias del Poder Judicial. Evidentemente todos estos elementos conjugados, un Parlamento relegado, un Poder Judicial corrupto nos hablan de un creciente déficit de legitimidad.

Por primera vez lo que más urgente espera a la gente de la justicia es saber cómo y quiénes, elegirán a los futuros jueces de la Argentina. De esto se habla cuando se menciona el Consejo de la Magistratura, que puede marcar un antes y un después en la forma de hacer justicia en el país. Sin embargo, como se verá, los resquemores respecto a quién tendrá mayoría en el organismo divide no sólo al oficialismo y a la oposición, sino a senadores y diputados, que se enfrentan saltando por encima de los colores políticos.

Mejorar el sistema judicial y hacer de él un verdadero poder llevará mucho más tiempo que frenar la hiperinflación y requiere cumplir

con dos puntos que, aunque se pueden expresar sintéticamente en breves líneas, importan un trabajo sostenido.

Mejorar la eficiencia: esto se logra asignando recursos humanos y materiales, dar capacitación inicial y continua a los magistrados, funcionarios y empleados; oralizar los tribunales y agilizar los procedimientos y crear tribunales de menor cuantía que descongestionen los juzgados. Además el Poder Ejecutivo y el senado deben mejorar la selección: los jueces deben ser elegidos por su idoneidad, sin tener en cuenta intereses políticos o personales.

Los partidos, el Parlamento y la justicia han dado muestras de escaso dinamismo y falta de iniciativa sin que esto, hasta épocas recientes, despierte la necesaria preocupación de la opinión pública. Sin embargo, en esta asignatura pendiente que es la democracia, es de destacar el creciente y loable papel cumplido por algunos medios de comunicación, quienes con su función crítica han logrado que el presidente Menem los identificara como sus mayores enemigos; en su discurso en 1995 cuando fue reelecto dijo «le ganamos a la oposición y a la prensa».⁶

Sin duda que un Poder Judicial adicto le permitió al presidente campear muchos escándalos que tocaban las esferas de sus colaboradores más allegados, la situación de Amira Yoma en el caso del lavado de dinero, o las acusaciones de pedidos de coimas de algunos de sus secretarios son algunos de los innumerables ejemplos a destacar.

Pese a esto, actores sociales y políticos se han decidido a dirimir sus conflictos en el terreno judicial, considerándose sujetos de derecho. Asimismo pese al obvio control del presidente de algunos juzgados dirigidos por jueces considerados «amigos» —caso paradigmático el de la jueza Cubría— y de las escandalosas denuncias del ex Ministro Cavallo respecto a la falta de independencia del Poder Judicial, algunos fueros han mantenido su libre albedrío con respecto a los deseos del Poder Ejecutivo. Lo cierto es que la intimidad alcanzada entre miembros del Poder Judicial y el Ejecutivo ha resultado de un notorio desprestigio público del primero. «Pero lejos de amainar el interés ciudadano en emplear los mecanismos institucionales, legales a su disposición, ha hecho crecer la demanda de una judicatura independiente».⁷

Pese a las muchas carencias señaladas debemos destacar como logros muy significativos que desde hace 60 años el país no conocía un interregno tan largo de continuidad democrática y nunca a lo largo de estos años la sociedad civil había demandado la persistencia y ahondamiento de formas participativas. Para una sociedad que muchas veces aceptó formas autoritarias —algunas de las cuales devienen de su historia más profunda— no deja de ser alentador el creciente reclamo de profundización de transparencia en las instituciones fundacionales del Estado nacional.

Sin duda que la búsqueda de una identidad colectiva como motivación para la participación política es esencial, esto permitiría una estratégica reducción de la incertidumbre valorativa y la construcción y consolidación de identidades individuales capaces de participar críticamente, pero también armoniosamente. Al decir de Lechner «es en el juego democrático de la participación donde los individuos intervienen en la producción de un orden democrático, ya sea introduciendo valores, demandas, o temores en la agenda política, influyendo de esta forma a quién, cómo, y sobre qué se decide». Es decir la articulación de demandas a través de la agregación de demandas, donde el juego es el apoyo activo a las instituciones democráticas. Si la política es el «divertimento» de producción de lo común y del espacio colectivo, la situación ideal sería aquella en la que todos los individuos, todos los grupos sociales y todas las identidades colectivas estuvieran implicados en su desarrollo. La participación política y la gobernabilidad democrática son dos términos indisolublemente ligados.

En la consolidación de formas de convivencia crítico-constructivas se va el futuro de la democracia en Argentina ¿Será posible reconstruir un sujeto, construir una cultura democrática concibiendo la sociedad como un todo institucional cuya meta principal sea combinar la libertad de los individuos y las colectividades con la unidad de la actividad económica y las normas jurídicas? ♦

⁶ LA NACIÓN, 15 de mayo de 1995.

⁷ Smulovitz, C. «El Poder Judicial en la nueva democracia Argentina». El trabajoso parto de un actor» En Agora, CUADERNOS DE ESTUDIOS POLÍTICOS, No.2. Buenos Aires, 1996.

